

JONATHAN TRIGG

STALINGRADO  
LA BATALLA VISTA  
POR LOS ALEMANES

Traducción de  
MARC FIGUERAS  
Y MARIÀ PITARQUE

PASADO & PRESENTE  
BARCELONA

## INTRODUCCIÓN

*Stalingrado. En el imaginario popular, la batalla que en la segunda mitad de 1942 y principios de 1943 se libró en la ciudad homónima está considerada como el punto de inflexión de la Segunda Guerra Mundial. El relato habitual es que los nazis, después de haber visto cómo su tentativa de derrotar a la Unión Soviética en 1941 colapsaba en el hielo y la nieve invernales, intentaron una vez más ganar la guerra en el Este lanzando otra gran ofensiva en el verano de 1942, pero esta vez con el solo objetivo de apoderarse de los lejanos yacimientos petrolíferos del legendario Cáucaso. En un principio, los alemanes victoriosos avanzaron una vez más a gran velocidad, repitiendo los éxitos del año anterior, con sus carros de combate devorando kilómetros mientras las columnas de los abatidos prisioneros de guerra del Ejército Rojo caminaban penosamente hacia un cautiverio incierto.*

*Entonces, justo cuando tenían la victoria final casi al alcance de la mano, los alemanes se encontraron entre los edificios destruidos y los escombros retorcidos de una ruina industrial en el río Volga; una ciudad cuyo nombre se convirtió en sinónimo de destrucción, horror y sufrimiento. Allí, entre el humo y los escombros, los maestros del arte bélico operacional se vieron arrastrados a una carnicería claustrofóbica en la que sus tácticas, armas y entrenamiento superiores eran inútiles contra un enemigo que, en los callejones y las alcantarillas de un campo de batalla urbano, se sentía completamente en casa. En la más grande de las batallas, el soldado alemán no estuvo a la altura como combatiente, tal como recordaba con regodeo el comandante soviético en Stalingrado, Vasili Chuikov:*

*No tenían el valor de mirar a los ojos a un soldado soviético armado. Desde muy lejos, podías localizar a un soldado enemigo en un puesto*

*avanzado [...] cada cinco o diez minutos dispararía una ráfaga con su subfusil, obviamente para levantar su moral. Nuestros soldados podían descubrir a tales «guerreros», arrastrarse y acabar con ellos con una bala o con la bayoneta.*

*El rostro aplanado de Chuikov habría sonreído al sentirse corroborado por las palabras de un Landser (término alemán para referirse a un soldado de infantería de primera línea, similar al Tommy británico) que escribió a casa diciendo: «Al menor susurro, aprieto el gatillo de la ametralladora y disparo ráfagas de balas trazadoras [...] Si tan solo pudieras entender lo que es el terror». Sin embargo, es revelador que Chuikov también dijera durante las últimas semanas de la batalla que: «Ellos [los defensores alemanes] continuaron viviendo con esperanza y opusieron una resistencia desesperada, a menudo literalmente hasta la última bala. Prácticamente no hicimos prisioneros porque los nazis simplemente no se rendían». La primera afirmación del mariscal soviético suena más como una declaración de propaganda que como una descripción de la realidad, mientras que la última tiene el timbre exasperado de la verdad.*

*No obstante, el relato habitual continúa destacando que el Ejército Rojo, en una jugada maestra, usó una gran masa de tropas frescas y bien equipadas para romper los vulnerables flancos del enemigo, los cuales estaban en manos de rumanos, italianos y húngaros, aliados del Eje de dudosa calidad y compromiso. Cuando estos compañeros poco entusiastas arrojaron sus armas y huyeron en tropel a través de la nieve, el cazador se convirtió en presa, pues el poderoso 6. Armee (Sexto Ejército) de la Wehrmacht alemana se encontró atrapado en la misma ciudad en la que tanto tiempo había estado luchando para conquistarla. Hitler y su indolente e incompetente jefe de la fuerza aérea, Hermann Goering, transformaron la derrota en una catástrofe al desautorizar a los expertos militares e insistir en que las tropas rodeadas se quedaran allí durante el invierno ruso y que fueran abastecidas por aire de todo lo que necesitaran. Ese puente aéreo resultó ser un desastre, ya que apenas llegó una pequeña parte de los suministros prometidos, y cuando el frío invernal se hizo sentir con fuerza, los alemanes sitiados comenzaron a morir de hambre a la vez que la batalla provocaba grandes estragos.*

*A medida que pasaban las semanas, la vida en la bolsa de Stalingrado se volvió cada vez más miserable, sobre todo cuando la tan anun-*

*ciada ofensiva terrestre para liberar la ciudad no logró abrirse paso. Habiéndoseles negado el permiso para rendirse, los debilitados alemanes lucharon hasta la inevitable capitulación, tras la cual miles y miles de ellos se arrastraron hacia un cautiverio de pesadilla del que solo unos pocos regresaron. Fue una derrota de la que los alemanes nunca se recuperaron; las pérdidas fueron tan grandes que su esfuerzo bélico se paralizó a partir de entonces. Esta es la imagen popular de Stalingrado y en muchos aspectos es sumamente certera. El puente aéreo fue un desastre y nunca una propuesta militar sensata; en cambio, la contraofensiva del Ejército Rojo para rodear al 6. Armee, la operación Uran (Urano), fue brillante. Pero esta no es toda la historia, y esa historia es aún más fascinante.*

*Seleccionar una única batalla en la larga y costosa lucha de los Aliados para derrotar a la maligna Alemania nazi y decir con absoluta certeza que ese fue el punto de inflexión de la guerra es una afirmación atrevida; después de todo, hay razones sólidas para argumentar que la derrota alemana en Kursk en el verano de 1943 tuvo más relevancia. Sin embargo, a la hora de determinar la batalla decisiva, es difícil mirar más allá del fracaso de la operación Barbarossa (Barbarroja), la invasión de la Unión Soviética por parte de la Alemania nazi en 1941. Como dijo el comandante de blindados Ewald von Kleist sobre dicha operación: «Las esperanzas de victoria se basaban en gran medida en la idea de que la invasión produciría una agitación política en Rusia [...] y que Stalin sería derrocado por su propio pueblo si sufría grandes derrotas». La observación de Kleist es muy oportuna. Quizá la única crítica sería que lo que Hitler pensaba que provocaría la caída del Estado soviético era la derrota militar del Ejército Rojo, y no un levantamiento popular. Con independencia de la veracidad de los comentarios de Kleist, lo que casi nadie discute es que, cuando la tristemente célebre declaración de Hitler no se materializó —esa en la que decía que todo lo que la Wehrmacht tenía que hacer era echar la puerta abajo a patadas para que toda la estructura podrida se derrumbase— la estrategia de la Alemania nazi en el Este se quedó encallada. Entonces, ¿cómo podían ganar la guerra?*

*A decir verdad, los alemanes no lo sabían. Todos los países que habían invadido hasta entonces habían capitulado y sus gobiernos habían pedido la paz o bien se habían exiliado de manera forzosa. Cuando Gran Bretaña y su imperio se mantuvieron firmes, Hitler no supo cómo res-*

*ponder, y tampoco supo hacerlo frente a la Unión Soviética. Toda Alemania, empezando por Hitler en lo más alto, pensaba en términos de una victoria final inminente, la tan esperada Endsieg, que dejaría al Tercer Reich al mando de un imperio que abarcaría todo el continente y que tendría todos los recursos necesarios para no tener que preocuparse por el dominio británico de las rutas marítimas mundiales. Entonces Berlín podría negociar con Londres a su antojo, probablemente llegando a algún tipo de acuerdo en cuanto Churchill hubiera sido enviado a casa y esos necios de Whitehall aceptaran lo inevitable. Pero para llegar a ese punto, los nazis primero tenían que asegurar su imperio destruyendo la Unión Soviética, y la mayoría de ellos pensaba que ese objetivo estaba a su alcance. Como dijo el jefe de inteligencia de las SS, el lampiño Walter Schellenberg: «Todavía estábamos en las vertiginosas alturas y los líderes nazis creían que la victoria estaba cerca».*

*Cabe destacar que, en sus propias memorias, Schellenberg escribió que estaba convencido de que el camino a seguir era algún tipo de acuerdo político con el comunismo estalinista, pero cuesta verlo como algo más que una mera visión retrospectiva. En realidad, Hitler no tenía ganas de llegar a ninguna clase de arreglo ni con el dictador soviético ni con sus pueblos súbditos, por quienes el jefe supremo nazi no sentía más que una aversión insondable. Por culpa de su incapacidad patológica para soslayar su propia ideología y hallar una solución política, al mandamás nazi solo le restaba la opción militar, y al presentarle a Stalin la elección entre exterminio o victoria, no era difícil adivinar que el líder soviético elegiría esta última.*

*No es que Hitler fuera el único culpable de la inexistencia de una estrategia viable para la victoria alemana en el Este en 1942. El Estado Mayor tampoco tenía ni idea. Igual de incapaces, y de reticentes, para articular una vía política a seguir y habiendo fracasado en la consecución de una victoria militar completa en 1941, los cerebros militares de la Alemania nazi habían perdido la confianza en sí mismos. Nuestro viejo amigo Ewald von Kleist abordó exactamente este mismo punto cuando admitió que «no había planes para una lucha prolongada. Todo se basaba en la idea de un resultado decisivo antes del final del otoño de 1941». Al no haber logrado ese «resultado decisivo», la única respuesta de los generales fue más de lo mismo, otra gran ofensiva, pero, ¿dónde y para conseguir qué? Mucho más cómodos con la conducción de operaciones que con la alta estrategia, los generales se remitieron a Hitler,*

*quien descartó la captura de Moscú o la destrucción total del Ejército Rojo como objetivos estratégicos y, en cambio, se decidió por el tema que estaba seguro que dominaba y que, sus generales (respecto a los que se sentía en clara inferioridad intelectual), no: la economía. Mientras los «caballeros del Estado Mayor alemán» hablaban de avances, envolvimientos y cercos, él hablaba de carbón, acero y, sobre todo, petróleo. Así que cuando llegó el buen tiempo en 1942, la Wehrmacht se lanzó a la ofensiva una vez más; aunque, de forma inexplicable a los ojos soviéticos, los nazis no intentaron tomar Moscú sino que atacaron en el sur, avanzando hacia la Shangri-La petrolífera del misterioso y montañoso Cáucaso.*

*El Cáucaso, un enorme puente terrestre entre Europa y Asia Menor, que limita al oeste con el mar Negro y al este con el Caspio, es una vasta región llena de historia y hogar de muchos pueblos y etnias, tanto cristianos como musulmanes. Una tierra remota que durante los últimos siglos había sido visitada sobre todo por exploradores y aventureros forasteros, hasta que, en el siglo xix, pedazo a pedazo, había sido engullida por los ejércitos de los zares Románov. Los intentos por liberarse de la dominación rusa (y después soviética) terminaron en una sangrienta represión por parte del Kremlin, que actuó incluso con más determinación para aferrarse a las montañas y valles de la región cuando descubrió que debajo de buena parte de esas tierras había interminables lagos de petróleo. Fue esa riqueza natural la que alimentó gran parte de la latente industrialización de la Unión Soviética, haciendo que fuera casi tan rica en petróleo como Estados Unidos.*

*Sin embargo, el Cáucaso estaba muy lejos, incluso desde las posiciones más avanzadas del Ostheer (Ejército alemán en el Este). De hecho, la distancia desde las unidades más adelantadas de Gerd von Rundstedt hasta la ciudad petrolífera de Bakú, a orillas del Caspio, era de casi 1.300 km, algo más de lo que el viejo caballo de guerra había logrado avanzar durante la operación Barbarroja. Para cubrir distancias tan inmensas, los nazis reunieron una gran hueste, compuesta no solo por lo mejor que el Reich podía ofrecer en ese tercer año de la guerra, sino que también comprendía cuatro ejércitos aliados completos, los cuales desempeñarían un papel muy importante en los combates venideros.*

*Aun así, al igual que con la operación Barbarroja, Berlín subestimaba lo que una ofensiva exitosa requería, y cuando el Ejército Rojo demostró que había aprendido las lecciones del verano anterior y rehusó*

*resistirse y ser aniquilado en enormes embolsamientos, los alemanes se encontraron en un callejón sin salida que ellos mismo habían creado. Ante la negación de una única y aplastante victoria, la inclinación nazi por el despilfarro operacional volvió a asomar la cabeza, pues los hombres y las máquinas fueron enviados en direcciones diversas y con objetivos tremendamente diferentes. Stalingrado nunca fue uno de esos objetivos. El hecho de que se convirtiera en uno se debió más a la casualidad y a la terquedad innata de Hitler que a cualquier plan estratégico. La lucha por la ciudad cobró vida propia. Sin querer, el 6. Armee y su comandante, Friedrich Paulus, se convertirían en el Schwerpunkt («centro de gravedad») de la guerra de los alemanes en el Este.*

*El 6. Armee resultó ser una máquina marcial inmensamente poderosa, pero la lucha en Stalingrado puso de manifiesto las contradicciones de la que era entonces la formación de campaña más grande de la Wehrmacht y también las de su líder, un oficial que destacaba en los cometidos del estado mayor pero que estaba completamente fuera de lugar en Stalingrado. Fue su gestión de la batalla lo que paralizó a su ejército, no la fragilidad de sus soldados en el ardiente fragor de la lucha callejera.*

*La respuesta de Paulus para ganar la batalla durante el otoño fue la cachiporra y no el estoque, usando para ello una gran potencia de fuego y, como método de asalto, un buen mazaazo. Contrarrestar tal estrategia no era fácil, pero tampoco complicado, y mientras el Ejército Rojo se adaptaba, los alemanes, y más específicamente su comandante, no lo hicieron. Una máquina operacional poderosísima y de gran entereza se desperdició en batallas fragmentarias cuyo único resultado real fue un derramamiento de sangre a escala titánica. El quisquilloso Paulus acabó por quemar sus divisiones en diversas ofensivas que tenían más que ver con las tácticas de desgaste de la Primera Guerra Mundial que con las operaciones de maniobra de la Segunda. Fueron esas batallas durante los otoñales septiembre y octubre las que debilitaron fatalmente al 6. Armee y lo dejaron listo para ser destruido.*

*En claro contraste con la falta de imaginación de Paulus, a mediados de noviembre los soviéticos lanzaron su Ejército Rojo en la operación Urano, destinada a aislar al 6. Armee. Siempre se ha citado el éxito de la operación Urano como muestra del carácter débil de los aliados de la Alemania nazi, pero la realidad presenta muchos más matices, ya que en particular varias unidades rumanas combatieron duramente antes de*

que la falta de apoyo aéreo y de armas pesadas acabara obligándolas a retroceder en medio del caos.

Con todo, debemos considerar el éxito de la operación Urano en el contexto del terrible fracaso del eje principal de la ofensiva soviética, la operación Mars («Marte»), lanzada casi al mismo tiempo y más al norte, destinada a destruir el 9. Armee del Heeresgruppe Mitte (Grupo de Ejércitos Centro). Mucho más grande que la operación Urano, la operación Marte se convirtió en un baño de sangre que desgastó al Ejército Rojo, pues topó con un comandante alemán, Walter Model, que actuaba con toda la firmeza y astucia de las que Paulus tan claramente carecía, mientras que los soviéticos hacían gala del tipo de testarudez que los nazis mostraban más al sur, en Stalingrado.

Con el ejército de Paulus ahora rodeado, la quimera de un puente aéreo apareció como la solución al aprieto. El tema del puente aéreo de Stalingrado es tan complejo y contradictorio como los demás aspectos relevantes de la batalla. La leyenda de que fue una ocurrencia de Hitler y que este, furibundo, insistió en llevarla adelante al pie de la letra, resulta ser exactamente eso: una leyenda. Los altos mandos de la Luftwaffe estaban profundamente implicados en lo que a ojos vistas era una estrategia defectuosa, pero estuvieron muy dispuestos a apartarse de ella cuando, de forma inevitable, salió mal, tal como hicieron algunos generales del ejército que en un principio pensaban que el plan de evasión alternativo sería un costoso error.

La segunda falacia en relación con el puente aéreo es que fue la escasez de alimentos transportados lo que selló el destino del 6. Armee. Se trata de una gran simplificación, ya que mucho más perjudicial para los soldados atrapados fue la falta de municiones y de combustible. Estos dos productos, mucho más pesados y voluminosos que las hogazas de Kommissbrot (ración de pan del ejército alemán), eran decisivos para la supervivencia del 6. Armee. La mayoría de los hombres podía sobrevivir más o menos con las escasas raciones disponibles, al menos inicialmente, pero sin balas que disparar ni gasolina para moverlos, a ellos y sus pesadas armas por el campo de batalla, estaban condenados a la inmovilidad y a disparar solo ocasionalmente contra sus sitiadores. En especial, la munición de artillería fue la clave. El valor de los artilleros es inestimable, tanto en defensa como en ataque, y su metralla altamente explosiva y letal es lo que domina una batalla estática como la de Stalingrado, pero a medida que las existencias de proyectiles fueron menguan-



do, también desaparecieron las esperanzas del 6. Armee. Al final, los supervivientes atrapados, alemanes, rumanos, croatas y hiwis (abreviatura de Hilfswillige, es decir, «auxiliares voluntarios»),<sup>1</sup> no tenían nada con lo que luchar.

La batalla que libraron fue una epopeya horripilante. Las pérdidas soviéticas fueron gigantescas y nunca se admitieron realmente y, en el bando del Eje, hasta cinco ejércitos desaparecieron en la conflagración: dos rumanos, uno alemán, uno italiano y uno húngaro. A pesar de ello, Alemania siguió luchando, al igual que sus aliados, y el verano siguiente, en Kursk, tuvo otra oportunidad de volver las tornas en el Este. El petróleo (aparentemente el motivo de la ofensiva de verano de 1942, pero descartado casi con desinterés) continuó siendo un gran problema para los nazis. Sin embargo, sobrevivieron hasta la primavera de 1945 sin la riqueza caucásica.

Entonces, ¿fue o no Stalingrado el punto de inflexión que muchos pensaron que era? Karl Dönitz, que dirigiría la Kriegsmarine, la marina de guerra alemana, antes de asumir el gobierno como jefe de Estado tras el suicidio de Hitler, creía que sí: «Después de Stalingrado [...] quedó claro que no podíamos esperar ganar la guerra contra Rusia». Desde luego, no era el único en verlo así. En un informe interno de seguridad compilado por el Sicherheitsdienst (SD), el servicio de seguridad de las SS, y fechado el 4 de febrero de 1943, pocos días después de la rendición del 6. Armee, se afirmaba que «existe un convencimiento general [entre la población civil] de que Stalingrado significa un punto de inflexión en la guerra».<sup>2</sup> Esta es quizás la reflexión más reveladora de todas sobre la batalla. Tan grave fue el desastre para Alemania que casi ninguna familia en el país quedó intacta; todos tenían un hijo, un padre, un tío, un primo o un sobrino que falleció en Stalingrado o que desapareció en un campo de trabajo soviético, lo que equivalía a una sentencia de muerte. Para el pueblo alemán, acostumbrado desde hacía tanto tiempo a una lista casi interminable de victorias, Stalingrado dejó una marca indeleble en la conciencia nacional y golpeó los mismísimos cimientos de su creencia en la victoria final.

Punto de inflexión o no, nada puede restar valor al hecho de que incluso en medio de la brutalidad sin precedentes de la guerra ruso-alemana en el frente oriental, Stalingrado ocupa un lugar especial de horror en la imaginación humana. No fue una batalla librada en mitad de la estepa, el desierto o la selva, sino en las casas, fábricas y calles

*que tantos de nosotros reconocemos hoy en día en nuestra propia existencia urbana. El mismo nombre de Stalingrado evoca imágenes de humo, fuego y escombros, con vigas retorcidas sobre montones de ladrillos destrozados; no hay nada glorioso ni romántico en ella. Esta es la destrucción total y absoluta de todo un ejército de hombres y sus máquinas. Esta es la batalla tal como la vieron los alemanes que la libraron y sus aliados. Esto es Stalingrado.*

## ÍNDICE

|  |     |
|--|-----|
| <i>Introducción</i> . . . . .                                | 9   |
| <i>Notas acerca del texto</i> . . . . .                      | 19  |
| 1. El fracaso de la operación Barbarroja . . . . .           | 23  |
| 2. El Grupo de Ejércitos Sur: la esperanza alemana . . . . . | 37  |
| 3. Primeros combates . . . . .                               | 61  |
| 4. El inicio de la operación Azul . . . . .                  | 73  |
| 5. El Cáucaso: ida y vuelta . . . . .                        | 87  |
| 6. ¡Hacia el este! ¡Hacia el Volga! . . . . .                | 103 |
| 7. ¡Abracémosles hasta morir! . . . . .                      | 123 |
| 8. <i>Rattenkrieg</i> , guerra de ratas . . . . .            | 141 |
| 9. La operación Urano: el golpe del Ejército Rojo . . . . .  | 183 |
| 10. ¡Matad a los caballos! . . . . .                         | 205 |
| 11. <i>Wintergewitter</i> , tormenta de invierno . . . . .   | 223 |
| 12. El hambre y el Ejército Rojo . . . . .                   | 243 |
| 13. El final de la lucha . . . . .                           | 257 |
| 14. El coste de Stalingrado . . . . .                        | 289 |
| <i>Mapas</i> . . . . .                                       | 303 |
| <i>Apéndice A</i> . . . . .                                  | 311 |
| <i>Apéndice B</i> . . . . .                                  | 315 |
| <i>Apéndice C</i> . . . . .                                  | 321 |
| <i>Agradecimientos</i> . . . . .                             | 323 |
| <i>Notas</i> . . . . .                                       | 325 |
| <i>Selección bibliográfica</i> . . . . .                     | 335 |
| <i>Índice alfabético</i> . . . . .                           | 339 |